

jeto, el brahmán se descarga de todas sus faltas. Un brahmán que posee toda la divina escritura no puede ser mancillado por ningún crimen, aunque hubiera matado a todos los habitantes de los tres mundos y aceptado el alimento del hombre más vil.»

Tales son las monstruosas prerrogativas del brahmán. De este orden divino de las castas no debía salir jamás el hombre.

Es una ley santa, según Manú, que las castas no deben mezclarse, que los abyectos descendientes de los violadores de la ley sean *parias*, es decir, desechados. «Piedad y conmiseración, al contrario, para todos los otros seres que, estando en su lugar en la Naturaleza, tienen algo de divino.»

A esa crueldad, a esa inviolabilidad sagrada del régimen antihumanitario de las castas se agrega el desprecio de la vida activa. El bien supremo fué declarado ser idéntico a la absorción en el abismo infinito de la eterna identidad. De ella hemos salido todos por caídas necesarias; no entraremos nuevamente en ella sino desprendiéndonos cada vez más del mundo y de nosotros mismos, comprendiendo progresivamente nuestra nada y la nada de las fugitivas determinaciones que nos rodean. Procediendo de esa manera disminuirémos el número de las transformaciones sucesivas que todavía nos separan de la absorción final, y obraremos en ese sentido por la renuncia, la bondad y la vida contemplativa.

«Así como las maniobras del juglar no son más que una vana apariencia —dice la filosofía *vedanta*—; del mismo modo que el espectáculo del mundo es una forma engañosa sin fondo real; lo mismo que el mundo de los sueños es una ilusión, así también el mundo del despertar es semejante a un sueño. Todo lo que es división, separación, reposa sobre una concepción imaginaria. ¿Qué es la creación? La metamorfosis del mundo. La creación es una ilusión producida por la confusión, por la obscuridad existente en los nombres, las formas, etc., y toda

esa confusión nace de la ignorancia. La creación no tiene otra realidad.»

«¿Hasta qué punto, *ioh Baghavat!* —pregunta *Subhut*—, está revestido el perfecto sabio de la gran coraza?», y *Baghavat* responde: «Entonces el perfecto sabio se hace esta reflexión: He de conducir al completo Nirvana las criaturas, cuyo número es inmenso.»

¿A qué se reduce la vida activa cuando está dominada por ese nihilismo, por esa doctrina de aniquilamiento?

Pero, en contraposición, la antigua moral brahmánica se distingue por la benevolencia infinita, que nunca se admiraría bastante si no hubiera llegado hasta la condenación del trabajo y de la acción.

No solamente el fiel a la ley brahmánica ha de abstenerse de hacer mal a los hombres, sino que además ha de respetar y amar todos los seres animados, y tan lejos se lleva el escrúpulo, que está prohibido deshacer un terrón de tierra sin razón o cortar una brizna de hierba con las uñas. Esta cándida benevolencia halla tiernos acentos cuando se aplica a la humanidad y se trata de criaturas débiles y miserables, niños y ancianos, enfermos, y sobre todo de mujeres.

En el *Ramayana* abundan especialmente las prescripciones morales y los actos virtuosos de la mayor importancia.

Examinemos en conjunto la ética hindu en las célebres leyes de Manú, el *Manava-Dharma Sastra*, que mucho antes, que el *Decálogo* hebreo, resumió la moral en estos diez preceptos:

*La resignación—la acción de devolver bien por mal—la templanza—la probidad—la discreción—la pureza—la represión de los sentidos—la benevolencia—el conocimiento de los libros sagrados—el conocimiento del Ser supremo.*

«El sentimiento de la solidaridad humana y de la responsabilidad de los sufrimientos ajenos—dice *Letourneau*